



el rescate y la memoria

Ernst Kretschmer: Cuerpo, Mente y Dimensión

Norberto Aldo Conti

Ernst Kretschmer nació en Wurtemberg, Alemania, el 8 de octubre de 1888, en el seno de una familia rural y de padre pastor protestante. Estudió filosofía y luego medicina en Tubinga y en Múnich. Fue ayudante en la Clínica Neurológica de Tubinga en 1913 y en 1914 presentó su tesis doctoral titulada *Delirio y síndrome maniaco-depresivo*. Durante la Primera Guerra Mundial participó como voluntario en el hospital de Bad Mergentheim donde organizó un departamento de neurología y adquirió experiencia en el estudio y tratamiento de las "histerias de guerra". En 1918 se incorporó como docente a la Universidad de Tubinga, en 1926 obtuvo la Cátedra de Psiquiatría de Marburgo y fue elegido presidente de la Sociedad Alemana de Psicoterapia. Su oposición al nazismo lo obligó a renunciar a ese cargo y pasar a un segundo plano hasta que, en la postguerra, tuvo una actuación muy importante en la reconstrucción académica en las Universidades de Marburgo y Tubinga, ciudad en la que se jubiló en 1959 y falleció, a los 75 años, en 1964.

Su pensamiento psiquiátrico puede seguirse en el curso de su obra escrita, muy tempranos son sus dos "clásicos": *"Delirio de relación de los sensitivos"* (1918) - casi siempre mal traducido al español como delirio sensitivo de relación - en donde ya está presente el germen de la concepción caracterial dimensional que, con el tiempo, aplicará al conjunto de las psicosis endógenas y *"Constitución y Carácter"* (1921) en donde expone en forma completa su proyecto de investigación en torno a la correlación entre morfología, carácter y psicosis. Esta obra - que hoy presentamos a nuestros lectores - fue creciendo con el pensamiento de su autor al punto de que en veinticinco años alcanzó dieciocho ediciones y alrededor de cuatrocientas páginas. Que la propuesta de Kretschmer en esta obra comprende un proyecto de investigación a largo plazo se infiere del hecho de que en la decimosexta edición (1941) expone un detallado cuadro de casos de investigación empírica por él orientada que suman 52.954 pacientes, cifra muy difícil de encontrar en cualquier otra obra psiquiátrica de la primera mitad del Siglo XX.

Las investigaciones de Kretschmer apuntan a la idea de que las enfermedades mentales son formas extremas, pero de baja incidencia epidemiológica, de ciertas disposiciones

corporales y su correlato caracterológico que se observan regularmente en la población general sin necesariamente presentar conductas patológicas. Basa esta hipótesis en la formulación de una biotipología desarrollada mediante una técnica antropométrica muy precisa que le permitió demostrar la existencia de tres tipos humanos fundamentales, a saber: leptosómico (longilíneo, delgado, bajo peso, rasgos angulosos, piel seca), pícnico (brevilíneo, redondeado, sobrepeso, rostro ancho y cuello macizo) y atlético (estatura media, robusto y musculoso). A cada uno de estos biotipos les corresponde un patrón comportamental que Kretschmer denomina temperamentos, tenemos así temperamentos esquizotímicos para los leptosómicos, temperamentos ciclotímicos para los pícnicos y temperamentos viscosos para los atléticos. Ahora, cuando en estas tres variantes los aspectos comportamentales se alejan de la norma entramos al campo de las psicosis endógenas: Esquizofrenia, Psicosis Maníacodepresiva y Epilepsia respectivamente. Este modelo de análisis de la correlación entre formas normales y formas morbosas lo lleva a afirmar que:

"... hoy están bien determinados los círculos temperamentales de las personas sanas en relación con el hábito corporal, sin necesidad de apoyarse en la psicopatología ... los pícnicos ciclotímicos, los leptosómicos esquizotímicos y los atléticos viscosos se han convertido en amplios biotipos de características corporales, temperamentales y sociales.

"Para nuestro punto de vista constitucional, las psicosis no son sino nudos aislados y desparramados en una red sumamente ramificada de correlaciones constitucionales entre figura y fondo"

"... las psicosis no representan sino culminaciones de grandes grupos constitucionales de individuos sanos, propagados por doquier."

Hemos seleccionado para esta presentación una serie de fragmentos que creemos son representativos de este peculiar pensamiento que articula cuerpo, mente y dimensión, tres conceptos ampliamente polemizados en la psiquiatría contemporánea; esperamos que su lectura, hoy ya casi histórica en el acervo de la clínica, estimule la reflexión y la crítica tan necesarias en la actualidad de nuestra psiquiatría.

Constitución y Carácter. Investigaciones acerca del problema de la constitución y de la doctrina de los temperamentos (1921)

CAPÍTULO IX

Los temperamentos cicloides

Designamos con los términos esquizoide y cicloide las individualidades patológicas fluctuantes entre enfermo y sano que reflejan los síntomas psicológicos fundamentales de las psicosis esquizofrénicas y cíclicas en el grado más leve. Solemos encontrar tales tipos esquizoides o cicloides ante todo como personalidad prepsicopática del mismo enfermo mental, y también entre sus inmediatos consanguíneos. Estos dos grupos de personas constituyen el fundamento firme de nuestro esquema. Una vez encontrados, estamos ya en condiciones de calificar también de esquizoides o cicloides a los individuos anormales que en su hábito corporal o psíquico se les asemejen, aunque no se registre en su círculo familiar más próximo la psicosis correspondiente. A este respecto, hay que tener muy en cuenta en las investigaciones hereditarias que no hay equivalencia entre *psicopático en sentido endógeno*; en efecto, un esquizotímico puede ser socialmente una plaga, sin que por ello sea endógenamente morboso o portador de una tara esquizofrénica (Véase además sobre este punto el capítulo XIV).

La dirección temperamental en que se mueven aproximadamente los tipos de personalidad psicopática en el campo de la demencia precoz es de antiguo conocida. BERZE, MEDOW, KRAEPELIN Y BLEULER han descrito esta variedad de personas. Especialmente BLEULER ha abierto el camino del análisis psicopatológico sutil de los síntomas esquizofrénicos partiendo de las groseras manifestaciones externas, y lo que intentamos desarrollar en las siguientes páginas acerca de la psicología de los esquizoides y los esquizotímicos sólo es posible basándonos en las valiosas aportaciones de este autor. Asimismo merece destacarse aquí la obra de WILMANN, que tanto ha esclarecido las relaciones entre la demencia precoz y ciertos grandes grupos de psicopatas y degenerados entre vagabundos y malhechores.

Mucho menos claras son hasta ahora las características limitantes de los tipos de personalidad del círculo de formas cíclicas. Cuando a veces encontramos descripciones

de tales individuos, no siempre es posible extraer certeramente de las mismas las peculiaridades esenciales de los temperamentos cicloides; lo más frecuente es encontrarlas con un fuerte lastre de impurezas esquizoides o degenerativas de otra índole, rasgos que solemos encontrar naturalmente en la genealogía y en la personalidad prepsicopática de los manícodepresivos, sin que basten para considerarlos como típicos y habituales al comparar series características más extensas.

Ante todo carecemos hasta ahora del *ancho puente caracterológico* entre lo que se ha venido en llamar temperamento hipomaniaco y temperamento constitucionalmente depresivo; es decir, la descripción de personas de *temple medio* entre hipomaniaco y depresivo, en tanto estén en relación con las formas psicóticas cíclicas, y además la evidencia de los rasgos temperamentales comunes a las formas hipomaniacas y depresivas, así como a todo el círculo de formas cíclicas. Si no se ha podido describir aún limpio de impurezas heterogéneas el tipo hipomaniaco, tan fácil de reconocer a primera vista, mucho mayores serán las dificultades; en cuanto al concepto de la disforia constitucional. REISS ha expuesto claramente estas dificultades y las transiciones insensibles en su conocido trabajo sobre este tema. Por nuestra parte, habremos de intentar aquí caracterizar las anomalías temperamentales más afines a las formas cíclicas frente a las que más bien se inclinan del lado esquizofrénico.

Para dar ante todo una visión de conjunto utilizamos una estadística que abarca varios centenares de historias clínicas de esquizofrénicos y cíclicos, en las que hemos evaluado particularmente en cuanto a su frecuencia todas las características prepsicóticas del paciente registradas por el método antes descrito, comparándolas como contraste con las consignadas seguramente sin prejuicio ni sistema en las historias clínicas del frenocomio de Winnental.

Proporción diatética (afectiva)

En los pacientes manícodepresivos se dan como más frecuentes las siguientes características temperamentales:

1. Sociable, cordial, amable, afectuoso.
2. Alegre, humorista, animado, fogoso.
3. Callado, tranquilo, impresionable, blando.

Para facilitar su estudio hemos dividido estas propiedades en tres grupos. El primero comprende en cierto modo los signos fundamentales de los tipos cicloides, las características que constantemente oscilan del polo hipomaniaco al depresivo con cierta independencia de la tonalidad afectiva y del ritmo psíquico, y que justamente dan a la jovialidad y a la melancolía el tono que las hace distintivas de personas cicloides. Los individuos comprendidos en el círculo de la locura maníacodepresiva suelen ser sociables y cordiales, gentes con las cuales es fácil entenderse, que admiten bromas y toman la vida sencillamente como es. Su actitud es natural y franca, propicia a la amistad; en su temperamento se conciertan a menudo ternura y calor.

Esto concuerda en absoluto con las observaciones que hacemos también entre los cíclicos enfermos, pues se sabe que incluso el maníaco excitado tiene algo de cordialidad infantil, de confiado y dócil, tiende más a la travesura que a la brutalidad, y raramente perjudica a nadie con deliberación; se acalora a menudo, pero no tarda en calmarse; pocas veces puede tomarse a mal su conducta.

También los depresivos cíclicos genuinos tienen en su afectividad algo de ternura. Cuando la inhibición psíquica no es muy intensa, suelen dar la sensación de cordialidad, y en medio de una gran exasperación puede decirseles algo afectuoso; tienen necesidad de consuelos, y si la inhibición es ligera, sienten deseos de conversar; al acercarse la curación son humildes, amables y agradecidos. Los pacientes en quienes predomina la inhibición se quejan a menudo especialmente de falta de cordialidad y vibración afectiva hacia personas y cosas, señal de que este sentimiento es para ellos vital; y a pesar de esta sensación subjetiva de inhibición, comparados objetivamente con un esquizofrénico son siempre más tratables y afectuosos.

Al lado de los marcadamente *sociables*, hallamos entre los temperamentos cicloides, sobre todo en los de tonalidad más depresiva, bastantes *solitarios tratables*, gentes algo melancólicas, reposados y contemplativos. Se diferencian de los esquizoides correspondientes por no albergar antipatía endógena u hostilidad manifiesta al trato social, sino a lo sumo cierta melancolía, mezclada a veces con timidez y tendencia a sentimientos de inferioridad. Si se les trata, son amables, naturales y accesibles; incluso suelen formar parte de una tertulia o de un pequeño círculo íntimo de familiares y amigos, con los cuales departen a gusto y con sosiego.

Es notable el hecho de no encontrar con frecuencia en el círculo de la locura maníacodepresiva personas *depresivas* por constitución, esto es, personas en que el *temple triste* ocupa el primer término con notable persistencia. De nuestro material de cíclicos podría extraerse una interesante serie de temperamentos hipomaniacos típicos mucho mejor que otra equivalente de depresivos constitucionales, aun siendo los suavos un grupo étnico especialmente dado a la melancolía. Si solicitamos de

los familiares de enfermos muy propensos a depresiones periódicas que nos los describan en su individualidad ajena a la fase psicótica, generalmente no dicen primero que "está malhumorado y aplanado", sino todo lo más formulaciones negativas: que no suele alegrarse como los demás, y a veces únicamente que siempre está callado y quieto, que todo lo toma un poco en serio y que es débil de carácter. Si preguntamos por su carácter, lo general es oír que por lo regular es amable, se hace querer, no es atrabiliario, tiene sentido del humor, ríe con los demás y aun aventura por su parte una chanza; sólo que llora por nada, se apura por nimiedades, y en los lances tristes se enternece más profundamente y por más tiempo que nadie. Es decir, que en tales individuos no es triste el ánimo en sí, antes bien más sensible a los estímulos externos de tristeza. Y lo que aun es más característico: en cargos de gran responsabilidad, en tiempos difíciles, en situaciones espinosas y comprometidas y en arriesgadas y súbitas crisis comerciales, estas personas que estudiamos no se vuelven nerviosas, coléricas e irritables como la mayoría, y especialmente los esquizoides, sino que se *entristecen* y se figuran ver ante sí una montaña.

O sea, que esta clase de personas tienen un temperamento muy blando e inestable. Su plano de oscilación es muy pronunciado, particularmente entre alegría y tristeza. Se inclinan también hacia el lado eufórico, pero no con tanta frecuencia e intensidad como en sus prolongadas excursiones hacia lo tético. En cambio, en los casos típicos se aprecia otro plano de oscilación muy poco trillado, el que tiende a la excitabilidad nerviosa; pues incluso a los estímulos afectivos de tal orientación no suelen reaccionar de este modo, sino con su complejo sintomático típico y preformado de tristeza y sensación inhibitoria.

Lo mismo, pero en ordenación completamente distinta, observamos en los *temperamentos hipomaniacos* puros. El temple del hipomaniaco no se distingue sólo por su especial labilidad, aun hacia el lado depresivo, sino por cierto residuo melancólico que una exacta amnesia nos permitirá descubrir en el fondo de su ser, bajo su naturaleza eufórica.

Un hombre a quien conocimos continuamente alegre y satisfecho, y que sufrió ya viejo una fase depresiva, nos decía: "En el fondo siempre me noté algo así". La madre de Goethe, mujer de temperamento hipomaniaco sobremano alegre, dio a sus sirvientas la orden estricta de no comunicarle jamás nada desagradable; su ánimo delicado necesitaba que los demás evitaran todo desfallecimiento de aquél.

De lo dicho se infiere que no podemos calificar sencillamente de hipomaniacos o depresivos a los individuos cicloides, aun prescindiendo de los casos intermedios; pues en muchos hipomaniacos se esconde un pequeño componente depresivo, como en la mayoría de los melancólicos cicloides un rasgo de humorismo. Los sectores hipomaniaco y melancólico en que se divide por mitad el temperamento cicloide se resuelven, escalonan o superponen en cada caso en proporciones sumamente variadas. *La proporción en que concurren los componentes hipomaniacos y melancólicos en la individua-*

lidad cicloide es lo que designamos por proporción diatética o afectiva.

El hipomaniaco es fogoso, es el hombre de la furia reanimadora, de la *cólera cortesana* de Fritz Reuter, de súbitos arrebatos prestamente dominados. Nada puede disimular; si algo le contraría, enrojece al instante y descarga rudamente su opinión. No está hecho para ocultar su disgusto y llevarlo consigo, atormentado y dolorido; a cambio de eso, tampoco él finge, y le son extrañas la astucia, la intriga y la sutileza; una vez desahogado, acaba en él todo mal humor, para dejar sólo un sentimiento refrescante de alivio. Del individuo hipomaniaco típico no podemos decir que nunca está triste, sino más bien que *nunca está nervioso*. "No sé lo que son nervios"; "tengo una sangre de horchata"; he aquí expresiones diletas de temperamentos hipomaniacos. Y en realidad, no saben lo que es la sensación de cansancio, ni la solapada de irritabilidad y tirantez que aflige a los nerviosos.

Esto concuerda con lo dicho antes a propósito de los temperamentos puramente depresivos. En situaciones adversas, la persona cicloide se entristece o se acalora, pero por lo general no se pone nerviosa, desde luego, teniendo en cuenta que, sea hipomaniaco o depresivo, le son ajenas las sutilezas afectivas de la fría causticidad, de la puntilliosidad zahiriente, de la malquerencia incisiva. Claro es que con esto no queremos decir (y esto se aplica *mutatis mutandis* a todos nuestros análisis) que no se encuentren a menudo ciclotímicos nerviosos, sino que, en general, el estudio de grandes series caracteriológicas excluye la nervosidad de los rasgos esenciales del temperamento cicloide.

La mayoría de los cicloides tienen una *vida afectiva muy abordable*, que pasa por todos los tonos desde el temperamento sanguíneo explosivo del hipomaniaco hasta la sensibilidad profunda y ardiente de los melancólicos. El temperamento de los cicloides se agita en oleadas densas, blandas y fluidas, más rápidas y fugaces en los hipomaniacos, más compactas y resistentes en los melancólicos, entre la euforia y la aflicción. Y el grado medio de este movimiento ondulatorio se encuentra en unos y otros más inclinado hacia el polo respectivo.

Las personas cicloides tienen sentimientos (gemüt) esto es, *corazón*, o mejor *cordialidad* (gemütlichkeit), para expresar con una sola palabra lo que la mayoría de estas individualidades tienen de común a través de sus diversos templeos o estados de ánimo habituales: el temperamento blando, cálido, bondadoso, afable, naturalmente tornadizo a impulsos de la alegría o del pesar. La palabra *humor* se le aproxima; solemos encontrar el humor en los sectores intermedios de los temperamentos cicloides, allí donde la aptitud para la risa del lado hipomaniaco se mezcla en las debidas proporciones con la profundidad afectiva del polo de depresión.

Adaptación social

El modo de ser de las personas cicloides determina también *la índole de su adaptación social o actitud frente a la vida*, como ya apuntábamos en otro lugar. Necesitan hablar, reír y llorar hasta quedarse satisfechos; bus-

can por la vía natural más próxima lo que les mueve el ánimo propiciamente, haciéndoles sentirse alegres y aliviados: el trato con la gente. Todo estímulo afectivo encuentra en ellos inmediata resonancia; no hay barrera ni prejuicio de efectos duraderos que se lo impida; se adaptan en seguida a la atmósfera del momento y del medio, dispuestos a vibrar, a adaptarse, a confundirse con los demás. No hay menudencia ni objeto a que no llegue su cálida onda afectiva. El mundo les parece *amable y acogedor*. Naturalmente, todo esto sucede fuera de las fases depresivas. Por esto el término medio de las personas cicloides se distingue, sobre todo en los estados intermedios más tranquilos, por su *sociabilidad, simpatía, realismo y ductilidad*.

Puesto que el temperamento de los cicloides vibra con el medio ambiente, nunca se da en ellos un choque brusco entre el yo y el mundo exterior, una actitud negativa, un afán rígido de corregir según normas inflexibles, un conflicto trágicamente complicado, sino que viven en las cosas, se interesan por ellas, alientan, sienten y padecen con lo circunstante.

Lo que llaman *egoísmo* hipomaniaco tiene algo de ingenuidad infantil y encuentra su contrapeso en la alegría muchas veces desmedida de estas personas al hacer un obsequio o proporcionar una alegría. Este sentimiento egocentrista de los hipomaniacos no es una rotunda oposición de la propia personalidad hacia un medio aborrecido o indiferente, sino un vivir y dejar vivir, un nadar al gusto propio y a favor de la corriente mundana, una convicción casi estrambótica del valor y los derechos del propio ser.

Este *buen temple realista* de los cicloides, esta natural asimilación a la gente y a las circunstancias presenta un matiz distinto según se incline del lado hipomaniaco o del depresivo. El hipomaniaco es la persona veleidosa y adaptable, sumamente inconstante y siempre sujeta a nuevas influencias; se alegra al conocer a alguien, y en seguida se hace amigo suyo. No sólo es inconfundible en los hipomaniacos la tendencia a cierto *materialismo*, a gozar, amar, comer y beber, al disfrute natural de todos los gratos dones de la vida, sino que puede seguirse con criterio caracterológico a través de los temperamentos cicloides intermedios hasta muy dentro de la zona depresiva, donde volvemos a encontrarla en una determinada variedad de bebedores inveterados plácidamente melancólicos. Pero, además, esta sociabilidad realista adquiere hacia el polo depresivo una profundidad cada vez más ética; allí la encontramos en forma de una rara comprensión afectuosa sin pretensiones moralizadoras, una modestia francamente cordial, que hace muy agradables en su trato social a los cicloides melancólicos.

Esta asimilación y simpatía con el ambiente guarda también íntima relación con otro típico rasgo de carácter de los cicloides. Éstos, en sus diversos matices, *no son individuos de conclusiones rígidas, de sistemas y esquemas preconcebidos*. El ritmo psíquico acelerado de los hipomaniacos convierte esta cualidad en una inconstancia que cambia de continuo; pero también en los grados intermedios y aun en los melancólicos hallamos personas de grata conversación que, a pesar de su escrupulosidad,

tienden a la condescendencia y a la transacción razonable; gente práctica, para quienes las personas y las posibilidades reales privan sobre los principios. Es interesante cómo se continúa este rasgo de carácter en las psicosis maníacas y depresivas. Es notoria la general pobreza de los cíclicos en ideas delirantes; ni el maníaco ni el depresivo erigen en los casos típicos un sistema de este orden con raciocinio consecuente y asociación metódica de ideas, antes bien toma a sus percepciones imaginativas un tinte alegre o triste, sin meditación previa, originándose al azar unas pocas ideas sencillas de pobreza, de pecado, o bien fugaces de grandeza. Casi todo es en ellos afectividad, con algo de reflexión.

Por eso es general en los cicloides una entusiasta laboriosidad, una *energía móvil y práctica*, mientras sólo en segunda línea cuentan con aquella firme resolución tenaz e indomable propia de ciertos temperamentos esquizoides. Es rara en los cicloides la ambición desmesurada. Aun los hipomaníacos muestran por lo común más bien actividad ágil y egocentrismo satisfecho y seguro que sed desordenada de alcanzar objetivos inaccesibles. Así, pues, son extrañas a los cicloides puros aquellas características resultantes de fuertes tensiones intrapsíquicas, la provocación, la hipérbole, el fanatismo. En esto radica a la vez su fuerza y su debilidad.

De lo dicho sobre la estructura caracterológica de los cicloides deriva sin duda que sea *muy raro encontrar rasgos antisociales* entre los tipos temperamentales prepsicóticos del círculo de formas cíclicas. Las características más fundamentales en nuestro material de este grupo son las de capaz, ahorrativo, formal y sobre todo laborioso; cuando el matiz es hipomaníaco suele encomiarse su actividad, realmente enorme. Las expresiones complementarias *intrigante, polifacético, emprendedor* denotan la índole de esa actividad; pero debe advertirse expresamente que son corrientes en los temperamentos hipomaníacos las indiscreciones, las irreverencias, las empresas arriesgadas sin suficiente meditación, si bien no abundan en ellos las acciones punibles ni los deslices sociales graves, a no ser que el trastorno psíquico haya degenerado en psicosis. Peligrosa para su existencia es su inclinación a la dipsomanía, al derroche, al desenfreno erótico. Pero debe tenerse en cuenta, frente a cierto criterio moralizador, que la mayoría de los temperamentos hipomaníacos, mientras se mantengan dentro del marco caracterológico, son plenamente utilizables socialmente, y que muchos de ellos, superdotados, llegan a sobresalir notablemente por su capacidad del promedio de la población.

En nuestro material clínico tenemos excelentes ejemplos de hipomaníacos más bien ágiles que han logrado éxitos notables y duraderos en determinadas profesiones, por ejemplo, comerciantes, oradores, periodistas, etc., gozando entre sus colegas de gran prestigio. Las cualidades positivas en estos individuos son, sobre todo, una actividad incansable, amor al trabajo, brío, decisión, vivacidad, arrojo, amabilidad, ductilidad, imparcialidad, desenvoltura social, riqueza de ideas, elocuencia y un golpe de vista sorprendente para juzgar la coyuntura del momento. Si el hipomaníaco se conduce socialmente en un plan de superioridad o inferioridad depende más bien de la equilibrada

mezcla del componente hipomaníaco con otras peculiaridades de carácter procedentes de la herencia, y en segundo lugar de la educación y sobre todo de que congenien con colaboradores apropiados que complementen su ágil impetuosidad y tengan en jaque sus facetas negativas, su tendencia a lo superficial, a la indiscreción, a la mudanza, al endiosamiento y a la temeridad.

También desde los grados medios hacia el lado depresivo vemos actividades notablemente laboriosas. Más adelante hablaremos de los *prácticos resueltos* del sector intermedio dentro del temperamento ciclotímico. Los de matiz más depresivo, meditabundos, débiles e impresionables, no suelen ser buenos dirigentes ni organizadores, pero dan buen rendimiento en cargos menos destacados, como funcionarios y apoderados, y aun en puestos de dirección tradicionales durante lapsos de calma. Su constancia en el trabajo, su escrupulosidad y circunspección, su golpe de vista práctico y sereno, y no en menor grado su cordialidad, sociabilidad y simpatía personal, pueden elevarlos a la categoría de *factotum leal*, respetable e imprescindible, como ocurre con varios casos de mi colección. Cuando se encuentran de improviso en situaciones inquietantes, insólitas y comprometidas, pierden fácilmente el ánimo, la facultad de pensar y la energía, y aún son presa de inhibiciones depresivas típicas, como he podido observar con frecuencia en fabricantes y empleados durante períodos revolucionarios. Este es el caso del viejo maquinista M., un buen hombre que no pudo hacer ya nada de bueno desde que en las locomotoras de guerra sustituyeron los hogares de cobre por otros de hierro; a pesar de todos los cuidados y precauciones, siempre encontraba defectos, o bien se calentaba la rueda por la mala calidad del lubricante, y entonces su escrupulosidad no le dejaba comer ni dormir a gusto, y se levantaba preocupado para dar un vistazo a su máquina, sucumbiendo a la vez a una depresión típica. También se encuentran ejemplares sumamente simpáticos y capaces entre los clérigos rurales y los artesanos del temperamento descrito.

Entre los de sesgo depresivo no es raro tropezar con *personas muy religiosas*. Su piedad, como su personalidad toda, es blanda, profundamente sensible, cordial, muy expresiva, creyente con sinceridad, pero sin beatería ni pedantería, modesta y considerada con los de creencia distinta, sin acento sentimental, farisaico ni acusadamente moralista.

Ritmo y movilidad psíquicos

Las peculiaridades que se observan en la psicomotilidad y en el ritmo psíquico de los cíclicos son tan conocidas y fáciles de comprender que sólo nos referiremos a ellas sucintamente a título complementario. Como es sabido, en los cicloides confluye con la euforia en la mayoría de los casos una aceleración simple del ritmo o tempo psíquico, y ambos factores condicionan el *temperamento hipomaníaco*. La fijación de los estímulos es rapidísima y muy extensa, y, si bien no profundiza, abarca a la vez una asombrosa variedad de objetos. Los pensamientos se encadenan sencillamente sin el menor atasco, llegando en los casos más serios a lo que se llama fuga de ideas. Entonces surge lo asistemático, lo momentá-

neo, acomodado ingenuamente a la primera impresión, a la idea recién brotada; la falta de apreciación, ordenación y clasificación, de construcción consecuente y de motivación sostenida; en una palabra, domina la hipervigilia del interés junto a una insignificante tenacidad para mantenerlo. Más adelante volveremos a encontrar todas estas particularidades, a saber, polifacetismo difuso, ingenua intuición objetiva y falta de sistema, en las creaciones geniales de los poetas e investigadores esquizotímicos sanos. Y asimismo veremos que lo contrario, esto es, lo sistemático, abstracto y consecuente es característica electiva de algunos grupos esquizotímicos.

El ritmo psíquico de los cicloides más depresivos tiene por lo general de común con el de los hipomaníacos la falta de tenacidad, sistema y consecuencia, así como de interrupciones complicadas y mecanismos complejos. También aquéllos muestran la inmediata conexión entre reacción y estímulo, con débil y espontánea capacidad de fijación; pero su ritmo es lento, sencillo y uniforme. Sus ademanes son escasos y circunspectos, los pensamientos requieren tiempo, las decisiones maduran penosamente. La combinación de lentitud simple del ritmo psíquico y tendencia a la afectividad depresiva es lo que llamamos *tipo temperamental melancólico*, que por el lado psicótico linda directamente con el cuadro morboso de la inhibición depresiva típica. Entre el tipo hipomaníaco y el melancólico queda toda la gama de temperamentos puramente cicloides, de los que aquéllos constituyen sólo una minoría, predominando los que en temple y ritmo ocupan la zona intermedia.

Poco nos queda ya por decir de la *psicomotilidad en sentido estricto* de los cicloides. A través de todas las situaciones afectivas hallamos también aquí, como en el curso intrapsíquico, la falta habitual de impedimentos intensos, veleidades, rigideces y asperezas. La psicomovilidad de los cicloides es sencilla y adecuada al estímulo; mímica y movimientos son fluidos, corrientes y naturales; sólo hay diferencia en el ritmo, pues los del hipomaníaco son rápidos y abundantes, y los del melancólico escasos y pausados. La impresión general de la movilidad y del ritmo psíquico en el hipomaníaco se traduce muy bien por la palabra *movedizo*, y en el melancólico por la de *conformado*, entendiéndose por tal con certera psicología del lenguaje la impresión corporal pícnica con su ritmo retardado y la bondadosa cordialidad de su situación afectiva.

Variantes cicloides

En muchas naturalezas depresivas se aprecia cierta *timidez* y *desasosiego*, pero estas propiedades no son ya frecuentes en nuestras estadísticas. Ambas se hermanan en tales casos con la modestia y la inclinación a sentimientos de insuficiencia, que son su causa determinante; por esto en las mencionadas personas suelen ser de intensidad moderada, no llaman la atención y se sobrepujan fácilmente. Los grados notables de insociabilidad y huraña en los adultos, cuando se produce a menudo y en trato cotidiano la rigidez motora típica y el bloqueo o represión del curso de las ideas, se clasifican, según nuestra experiencia, fuera del marco constitucional depresivo

en sentido cicloide, y aunque alguna vez se den en nuestros grupos caracterológicos, hay que achacarlos probablemente a rasgos esquizoides de constitución.

Lo mismo puede decirse de los casos en que la escrupulosidad depresiva adopta el carácter de mezquindad u obsesión meticulosa, en que la piedad degenera en cavilosa sistemática, la riqueza de ideas en *manía inventiva*, y la suficiencia airada en perpetua quejosidad o en *quisquillosidad* paranoide. Los rasgos esquizoides en la herencia y en la complejidad van no pocas veces paralelos, y dejan percibir reminiscencias de sintomatología esquizofrénica aunque deban considerarse sobre todo como maníacodepresivos. Observando con la debida consecuencia pueden diferenciarse también a veces rasgos constitucionales extraños, esquizoides o no, en las correlaciones de las formas atípicas de la locura maníacodepresiva, menos frecuentes, como son los criticones, malhumorados, hipocondríacos y paranoides graves, y tal vez algunos casos de melancolía agitada con síntomas serios de agitación psicomotora. En este sentido nos abstenemos aún de fijar actitudes definitivas, pues si bien encontramos dondequiera casos que hacen pensar en ello, aun no disponemos de series de observación en número suficiente. Por lo demás, HOFFMANN ha llegado a iguales conclusiones apoyándose en sus investigaciones sobre la herencia.

En el campo caracterológico, nuestra estadística de frecuencia tomada en conjunto nos da ciertas indicaciones con la comparación psicológica de las diversas particularidades constitucionales. Nos sentiremos inclinados a achacar a componentes genotípicos esquizoides incluso las que encontramos típicas y muy frecuentes en el círculo de formas esquizoides, y sólo aisladas y fuera del promedio en el de las cicloides, aun cuando se presenten alguna vez en una individualidad de este último grupo. Así obtendremos puntos de vista transitorios para la investigación clínica y genealógica, sin cerrarnos dogmáticamente para cada propiedad constitucional, siempre conscientes de que no todo lo caracterológico se halla contenido en los círculos de formas cicloides y esquizoides o en las mezclas de ambas; así, por ejemplo, los temperamentos propios de los atléticos se estudian hoy como grupo de formas independientes.

En cuanto a la *depresión constitucional*, cada vez nos alejamos más del centro del grupo cicloide, a medida que se entremezclan en la ternura melancólica rasgos de destemplada aspereza, de hipocondría misantrópica y huraña, de acrimonia, nervosidad y versatilidad (que no es la blanda veleidad de los cíclicos), de impasibilidad, de descontento maldiciente, de pesimismo amargado y manifiesto o de enojo sombrío y reconcentrado. Precisamente *esta pronunciada destemplanza no es ni mucho menos, el prototipo de la depresión constitucional de carácter cicloide*, y aun a veces se asemeja más que a esta forma a la esquizoide, pues hemos visto algunos casos de éstos degenerar directamente en psicosis esquizofrénicas. De nuestro material podría extraerse una serie continua que en proporciones graduales de mezcla (en cuanto a caracterología, estructura corporal y psicosis inherentes) pasa sin transición brusca de los cicloides declarados a los esquizoides manifiestos.

En nuestro material no abundan las *formas hipomaniacas de transición*. Es muy probable que se basen en análogas proporciones de mezcla constitucional los raros casos de notoria disipación y abandono que se dan entre los hipomaniacos y se describen como francamente holgazanes, arrogantes, volubles, insoportables, quejumbrosos y camorristas. Otro tanto puede decirse del pequeño grupo especial de criminales, que en el orden caracterológico se salen mucho del marco de los demás.

Todas estas cuestiones de la mezcla constitucional han de suministrar un campo fecundo e interesante para la investigación particular clínica y hereditaria. Mientras no se realice esta labor específica, nos abstendremos de formular un juicio definitivo.

CAPÍTULO X

Los temperamentos esquizoides

Generalidades

Los individuos cicloides son naturalezas llanas, sin complicación, cuya sensibilidad sube a la superficie directamente, con naturalidad y espontaneidad, de suerte que basta en general muy poco tiempo para juzgarlos con acierto. Los esquizoides tienen superficie y fondo. La superficie es brutalmente incisiva, o sordamente hosca, o de una ironía punzante, o bien de una timidez de ostra, que les hace tácitamente retraídos. También puede ser perfectamente inexpresiva, y así vemos a un hombre que nos sale al paso como una muda interrogación, y sentimos algo desabrido, tedioso y, no obstante, vagamente problemático. ¿Qué se oculta detrás de estas máscaras? Puede no ser nada, la nada lóbrega y de ojos vacíos, el entumecimiento afectivo. Tras una fachada silenciosa, sacudida por caprichos imprecisos, únicamente ruinas, escombros negros, un bostezante vacío de sentimiento o el hábito tajante de una frigidísima inanimación. Pero no podemos ver lo que oculta la fachada. Muchas personas esquizoides son como escuetas casas romanas, villas que han cerrado sus ventanas al esplendor del sol, pero en cuyo interior amortiguado triunfa la fiesta.

La florida existencia interior de los esquizofrénicos no puede estudiarse en campesinos; mejor se prestan a ello reyes y poetas. Hay esquizoides con quienes podemos convivir diez años sin estar seguros de conocerlos. Una muchacha tímida y mansa como un cordero sirve meses enteros en la ciudad; es pacífica y dócil con todo el mundo. Una mañana aparecen asesinados los tres niños de la casa, y ésta en llamas. Ella no presenta signos de alteración mental, lo sabe todo, y confiesa con sonrisa vaga. Un hombre disipa lastimosamente sus hermosos días juveniles; está tan tullido y torpe que dan ganas de sacudirle. Si se le monta a caballo, se cae, sonriendo confuso y un tanto irónico, sin decir nada. Y un día aparece un libro de poemas suyos, llenos de un delicado afecto por la Naturaleza, y en los que cada empujón recibido al pasar de un zagal patoso se traduce en una tragedia interior expresada en pulidos versos de elegante estilo.

Así son las personas esquizoides. BLEULER llama *autismo* a esto, o sea el vivir ensimismado. No se puede saber lo que sienten; a veces ni ellos mismos lo saben, o per-

ciben vagamente tres cosas a la vez, confundidas, como desvanecidas, pero sensibles, y trabadas como en una relación mística entrevista; o, en caprichoso esquema, lo más íntimo y lo más vulgar concretado en cifras. Pero cuanto sienten, trivialidad, antojo, simpleza o fantástico tesoro, no es para nadie..., sólo para ellos.

En el campo esquizofrénico es aún más difícil que en el cíclico separar lo sano de lo enfermo y lo propio del carácter, de lo psicótico. Las psicosis cíclicas transcurren en ondas que van y vienen ágiles, compensándose una y otra vez; casi puede equipararse la personalidad de antes de la psicosis a la que queda después. En cambio, las psicosis esquizofrénicas evolucionan por brotes, que dejan siempre algo alterado en la estructura interna; puede derrumbarse toda la organización por dentro, o reducirse el daño a un par de líneas desviadas; pero en la mayoría de los casos hay algo que no se restablece jamás. En los leves hablamos de una personalidad postpsicótica, y en los graves de una demencia esquizofrénica, sin límite fijo entre ambas categorías. Pero muchas veces ni siquiera sabemos si la psicosis ha llegado a su fin. Personas que han desempeñado durante decenios sus obligaciones con fama de ser algo originales y esquivas, pueden descubrirnos casualmente un día que estaban casi siempre alucinadas por ideas delirantes fantásticas; tampoco aquí se advierte límite alguno. Además, ¿qué es la extravagancia personal, y qué un sistema delirante? Sabemos, por último, que todo individuo cambia de modo ostensible principalmente en la pubertad, y esta época es también la predilecta de la esquizofrenia. Quienes han sufrido entonces una alteración algo fuerte, ¿han de calificarse de personalidades postpsicóticas o como esquizoides que no han estado nunca enfermos? Se plantea esta cuestión si se trata de parientes de esquizofrénicos. En los años de la pubertad es cuando culminan las peculiaridades caracterológicas esquizoides; pero entonces no sabemos, por lo general, en casos leves, si nos hallamos ante el desarrollo de una psicosis esquizofrénica, si estamos en el curso de la misma, si se nos ofrece el producto psicológico de un acceso ya superado, o, finalmente, si todo ello no es más que el cambio puberal, algo tempestuoso y singular, de una personalidad esquizoide. Pues los efectos normales de la pubertad, timidez y torpeza, sentimentalismo, exaltación y afectación patéticas, tienen mucha afinidad con ciertos rasgos temperamentales del esquizoide.

En una palabra, en el orden psicológico no es posible discernir entre prepsicótico, psicótico, postpsicótico y no psicótico. Sólo cuando abarcamos todo ello en conjunto podemos formarnos una idea acertada.

A esto se añade otra dificultad de método. La persona esquizoide, en tanto no contemos con la clave que nos franquee su interior, nos ofrece sólo la superficie psíquica, igual que el enfermo esquizofrénico. Por eso los clínicos no vieron durante muchos años sino embotamiento afectivo, extravagancia, estupidez, merma e inferioridad mental en la demencia precoz. Era el preliminar necesario que había de sustentar durante mucho tiempo la labor investigadora. BLEULER fue quien primero halló la llave que daba acceso a la misteriosa vida interior del esquizofrénico, descubriendo la extraordinaria riqueza

que en datos psicológicos encierran estos enfermos, de las cuales solamente conocemos una parte pequeñísima; pues la clave de la vida interior esquizofrénica lo es a la vez (no hay otra clave) para profundizar en grandes zonas parciales del sentir y el obrar de la persona normal.

Es evidente que en tales circunstancias sólo podremos dilucidar una parte de la situación psíquica real en cuanto a la caracterología esquizoide a base de estadísticas aproximadas, por la exploración en serie de parientes iletrados de esquizofrénicos del pueblo no diferenciados mentalmente; esto es, en primer lugar la superficie esquizoide, y de las profundidades, sólo raras indicaciones, generalmente vagas e imprecisas en el aspecto psicológico. Pero de la vida interior de los temperamentos esquizoides sólo podremos sacar conclusiones correlativas valiéndonos de las autodescripciones de esquizoides inteligentes y cultivados, y sobre todo de los documentos psicológicos objetivos que nos han dejado algunos genios esquizoides y esquizotímicos, especialmente poetas. Es decir, que la profunda caracterología de los esquizoides sólo podrá comprenderse bien mediante análisis psicológicos minuciosos y sutiles de cada caso particular.

Evolución vital de los esquizoides

Las personas cicloides suelen conservar desde cuna al sepulcro los síntomas fundamentales de su temperamento a través de todas las fluctuaciones manícodepresivas. En cambio, el agente biológico que origina la esquizofrenia y la personalidad esquizoide es algo *intercalado*, algo que se instala en una época determinada de la vida y en sucesión también determinada, para seguir actuando en adelante. La sucesión más frecuente en los casos graves es como sigue: desde la adolescencia existe una perceptible personalidad esquizoide; en la pubertad deriva de ella la psicosis esquizofrénica, dejando como reliquia una alienación específica o una personalidad postpsicótica, que se diferencia de la prepsicótica, si no fundamentalmente, sí tal vez, aun prescindiendo de graves deficiencias, por presentar más acentuados otros grupos de síntomas esquizoides.

Esta cronología típica puede variar. A veces encontramos esquizoides con aspecto de haber pasado una psicosis esquizofrénica en la infancia, tan torpes, obstinados, raros, ariscos e intratables como sólo en la edad adulta suelen ser la mayoría de los esquizoides que han padecido psicosis graves. La imbecilidad antisocial congénita de este matiz esquizoide puede descubrir más adelante por medio de brotes catatónicos su indudable pertenencia al círculo de formas esquizofrénicas. Todos estos graves estados deficitarios, ruinosos, tanto de índole congénita como adquirida, ya se inclinan hacia lo criminal antisocial, ya a la extravagancia descontentadiza, al embotamiento psíquico o a la torpeza heboide, llevan el sello típico de la psicología esquizofrénica; aunque en sentido caracterológico son tan poco fecundos que basta con mencionarlos sencillamente, a pesar de su frecuencia, aparte de hallarse descritos con todo detalle en los tratados de Psiquiatría.

Del mismo modo que en los casos aludidos se adelanta la aparición del agente esquizofrénico, el caso inverso de retrasarse se observa no raras veces. En nuestro mate-

rial se cuenta un número pequeño, pero notable, de esquizofrénicos que en su infancia no acusaban aún una personalidad prepsicótica esquizoide, y que se describen como individuos antes sanos, satisfechos, sociables y despiertos. En estos casos, la psicosis puberal estalla repentinamente y sin pródromo, o bien se presenta de un modo solapado y con retraso la prepsicosis esquizoide a modo de variaciones crónicas de la pubertad, que se estabilizan simplemente largos años sin desbordar el marco caracterológico o desembocar en una psicosis esquizofrénica. También hay esquizoides desde niños que después de un breve período de asombroso despliegue de todas sus facultades mentales sufren esta inflexión de la personalidad durante la pubertad, sin llegar a la psicosis. Esta ebullición seguida de agotamiento repentino e inopinado de la productividad tiene importancia para la psicología de la creación genial, especialmente en los poetas [recordamos, por ejemplo, a Uhland, esquizotímico en cuerpo y psique, aunque sano]. Por último, hay casos aislados en los cuales pueden permanecer manifiestos muy tarde, por ejemplo, en el período de involución, algunos componentes parciales esquizoides del caudal hereditario, apareciendo en personas anteriormente alegres, lozanas, sociables, después de los 40 años, rasgos de recelo, hipochondría, reserva puntillosa y misantropía hosca que perturban el cuadro de la personalidad. Hemos señalado ya este proceso de la mutación sintomática tardía al hablar de los estigmas de la constitución corporal.

La proporción psicoestética

Las propiedades caracterológicas esquizoides, observadas superficialmente, y según se desprende de su frecuencia estadística basada en nuestro material clínico, son las siguientes:

1. Insociable, sosegado, reservado, serio (sin humor), raro.
2. Tímido, esquivo, delicado, sensible, nervioso, excitable; aficionado a la Naturaleza y a los libros.
3. Sumiso, apacible, formal, indiferente, obtuso, torpe.

Nuestra estadística refleja ante todo las personalidades prepsicóticas de futuros enfermos mentales. Los rasgos básicos de los temperamentos esquizoides pueden apreciarse en ellos, pero asociados a veces a rasgos de psicosis esquizofrénicas, de personalidades postpsicóticas y esquizoides no perturbadas de la parentela de estos enfermos mentales, pues no es posible ni necesario mantener en general separado lo que por todas partes se entrelaza y confunde.

También aquí hemos dividido en tres grupos las características esquizoides más frecuentes. Los rasgos caracterológicos del grupo 1° son de máxima frecuencia absoluta, pues suelen prolongarse incluso a través de los correspondientes a los grupos segundo y tercero. Comprenden, además de la seriedad desprovista de humor que expresa la débil representación de la escala temperamental diatética (cicloide), principalmente lo que BLEULER denomina *autismo*. Los grupos 2° y 3° son hasta cierto punto antagónicos, forman una pareja de

contraste como las propiedades de los grupos de alegría inconstante y de depresión melancólica en los cicloides. Así, el grupo 2° expone en todos los tonos posibles propiedades de *hipersensibilidad psíquica*, desde la delicadeza tímida de mimosa hasta la excitabilidad iracunda habitual. Por el contrario, el grupo 3° expresa características de cierta *insensibilidad anímica*, apatía y falta de espontaneidad; tiende, pues, hacia el polo que KRAEPELIN designa en los casos psicóticos más graves como demencia afectiva.

Para definir sucintamente la base de los temperamentos esquizoides, hemos de decir que los *temperamentos esquizoides se hallan entre los polos excitable y apático*, de igual modo que los temperamentos cicloides se hallan entre los polos alegre y triste. En este sentido tendremos que destacar especialmente los síntomas de la hiperexcitabilidad psíquica, por ser en general muy poco apreciados todavía como componentes integrales de la psicología esquizoide en conjunto, mientras que los correspondientes al lado apático se han reconocido ya en toda su importancia desde hace mucho tiempo.

Pero la clave de los temperamentos esquizoides se ofrece a quien sepa comprender bien que la mayoría de los esquizoides no son simplemente hipersensibles o fríos, sino ambas cosas a la vez, en proporciones sumamente variables, además. De nuestro material de esquizoides podemos extraer toda una cadena que comienza por lo que solemos llamar *tipo Hölderlin*, ultrasensible, vidrioso, constantemente lastimado, *todo nervios*, y termina por esas ruinas frías, yertas, casi inanimadas de la gravísima demencia precoz, que, indolentes como reses, dormitan en un rincón del establecimiento. Y aun dentro del primer grupo de temperamentos de mimosa, entre sus representantes más delicados distinguimos un leve, imperceptible hábito de frialdad y distancia aristocráticas, una cohibición autística de la sensibilidad que la limita a un círculo severamente circunscrito de personas y cosas selectas, y oímos a veces una observación ruda y hostil a propósito de personas situadas fuera del círculo y para cuyo modo de ser se ha extinguido la capacidad de resonancia afectiva. "Hay una placa de vidrio entre la gente y yo", nos decía hace poco uno de esos esquizoides, con precisión inimitable. Esta placa de vidrio, delgada, dura, fría y quebradiza se advierte hasta en Hölderlin, el catatónico tardío, un representante más amable que el promedio del grupo mimoso, y mucho más en *Strindberg*, el esquizofrénico tardío, que dice, hablando de sí mismo: "Soy duro como el hielo, y, sin embargo, delicado hasta lo sentimental". Estos tipos de mimosa sensibilidad pueden estudiarse especialmente en los esquizoides geniales, pero se encuentran también dondequiera entre el material corriente de frenocomio, sobre todo tratándose de personas inteligentes y educadas, prepsicóticas, y en las fases iniciales de la psicosis.

Como ya se ha dicho, a partir de este polo mimoso van escalonándose sin interrupción los temperamentos esquizoides hasta el polo apático o embotado y frío, a medida que va acentuándose lo "frío como el hielo" (o indolente como cuero) a expensas de lo "delicado hasta lo sentimental". Pero también entre la mitad más bien fría e impasible de nuestro material, tan pronto como

examinamos personalmente de cerca a tales esquizoides, tras la capa entumecida, insensible; encontramos con suma frecuencia en lo más íntimo un fondo de personalidad retraída y delicada, con sensibilidad nerviosa en extremo vulnerable. "No sabéis el daño que me hace todo esto", decía no hace mucho a sus padres un estudiante con ligero bloqueo hebefrénico, en quien nadie podía descubrir desde fuera sino una indolencia seca invencible, inmovilidad y falta absoluta de brío. Y BLEULER se ha anticipado a señalar que aun los viejos reclusos momificados que solían considerarse como tipo de la demencia afectiva más profunda pueden tener aún restos de *complejos*, puntos aislados hipersensibles en su vida anímica, que se han mantenido y cuyo contacto puede dar lugar a efectos repentinos sorprendentes. Constantemente nos encontramos con casos en que una petrificación catatónica que yace al parecer completamente impasible se resuelve de golpe, dejando salir de su interior choques afectivos francamente exagerados; de tal suerte que en presencia de muchos síndromes esquizofrénicos no sabemos decir rotundamente qué hay en esa total rigidez de convulsión afectiva y cuánto de embotamiento afectivo verdadero.

Las proporciones en que se entremezclan en algunos esquizoides los elementos hiperestéticos con los anestéticos de la escala temperamental psicoestética constituyen lo que llamamos proporción psicoestética. Tenemos presente que también entre los temperamentos cicloides encontramos relaciones muy parecidas en su proporción diatética o afectiva, pues allí se daban igualmente poquísimos individuos absolutamente alegres o tristes, y en cambio muchas superposiciones y fluctuaciones entre ambos términos; en los alegres radiantes menudeaba un fondo depresivo manifiesto y restos de jovialidad hasta muy dentro del sector de los temperamentos melancólicos.

La proporción afectiva de los cicloides *oscila en forma de ondas*. La proporción psicoestética de los esquizoides *se disloca*. Es decir, que la relación entre los componentes hiperestético y anestético del temperamento varía al correr de la vida en muchos esquizoides a saltos, sin volver al punto de origen. También la psicoestesia del individuo normal medio con temperamento intermedio mixto alcanza ya su culminación en el desbordamiento de colorido típicamente sentimental y en la delicadeza de la pubertad, para ceder luego, a partir de los 25 años próximamente, hasta alcanzar poco a poco cierta solidez tranquila frente a la vida, e incluso una seca y llana insipidez desalentadora. Hay una canción estudiantil que pinta esta frialdad burguesa del hombre medio que mira hacia atrás, al tiempo de su pubertad.

El *desplazamiento de la proporción psicoestética* en los esquizoides corre con frecuencia paralelamente a este desarrollo normal, formando como una variedad acusada, profundizada del mismo. El esquizofrénico *Hölderlin* muestra a modo de paradigma tal desplazamiento si seguimos el curso de su vida desde la delicadeza eminentemente excitable de sus años juveniles de poeta hasta la estupidez aletargada de sus decenios de caquexia catatónica. La transición desde el polo hiperestético al anestético es para personalidades bastante cultivadas como

un enfriamiento interior progresivo de horrible nitidez, y Hölderlin así lo pinta en estos versos:

¿Donde estás? Vivo apenas, mas respira
fríamente mi ocaso. Estoy parado
cual sombra, y sin canciones, en el pecho
dormita el corazón amedrentado.

De este modo se desarrolla, sin enfermedad en la mente, todo un grupo de esquizoides ilustrados, tímidos, delicados y nerviosos desde su juventud, y que han vivido en la primera etapa de su pubertad una breve floración de invernadero, mostrando todas sus facultades y posibilidades sensitivas sobre el fondo de una excitabilidad enormemente exaltada de su temperamento, a modo de afectuosidad elegíaca o de afectación exagerada y ampulosa. Al cabo de pocos años, pasan a ser poco a poco unos burgueses

de tipo medio, tolerables aún, cada vez más apagados y fríos, solitarios, taciturnos y ásperos. La onda puberal alcanza mayor altura y se sume a más profundidad que en las personas normales.

También puede ocurrir que el desplazamiento psicoestético se deslice a lo largo de lapsos mayores, sin cronología fija. Pero en todas estas diversas posibilidades, el desplazamiento de la proporción en los esquizoides suele ir *del polo hiperestético al anestético*, de la excitación a la inercia, de tal modo que (hablando en términos esquemáticos), transcurrida la primera fase de hiper sensibilidad general, pierden ante todo los valores independientes de la personalidad su resonancia afectiva, mientras que los propios de ella, más acusados siempre, conservan su vigoroso acento, y sólo al sufrir también estos factores idiosincráticos una pérdida de valor afectivo es cuando se alcanza la tercera fase, la alineación afectiva. La *resonancia alopsíquica cede ante la autopsíquica*. El esquizofrénico educado, casi extinguido, quiere ser en esta fase mediante o músico; aun estimula la autorrepresentación; por lo mismo, también les agrada ser artistas futuristas, poetas impresionistas, inventores o constructores de sistemas filosóficos abstractamente esquemáticos. Esta falta de proporción al sucumbir lo alopsíquico dejando resonancias autopsíquicas aún hipersensibles, origina con frecuencia normalmente grados inmensos de presunción. Se comprende desde luego que esta proporción psicoestética ha de dar una imagen totalmente falsa de la significación recíproca del yo y del mundo exterior. Podemos imaginarnos, por consiguiente, que muchos esquizoides experimentan en el curso de su vida un enfriamiento temperamental progresivo de fuera adentro, creciendo sin cesar el envaramiento tórpido de las capas que miran al exterior, mientras se conserva un núcleo interior tierno y supersensible que se contrae cada vez más. Esta representación imaginaria es la que mejor se ajusta al hecho extraordinario de que aun los esquizoides más sensibles y exquisitos, tratándose de un conocimiento superficial, parecen revestirse al exterior de una delgada capa de hielo, mientras, por el contrario, aun en los casos más duros de petrificación esquizofrénica pueden provocarse reacciones intensas de hiperestesia

al tocar casualmente sus complejos personales más íntimos. "En un tonel de hielo hay siempre una chispa de fuego", dice con gráfica frase HEBEL hablando de *Uhland*, el esquizotímico sano.

Queda por decir que tanto la fase de absoluta hipersensibilidad como la de frialdad afectiva integral sólo son ficciones teóricas en sentido estricto, de ocurrencia casi nula en toda su plenitud. Lo que generalmente se nos presenta en la práctica es la proporción psicoestética, hipersensibilidad y frialdad en conjunción determinada y variable. Sólo una parte de los esquizoides describe durante su vida el ciclo típico del polo marcadamente hiperestético al de predominio anestético, mientras otros permanecen hiperestéticos, y otros son más bien tórpidos al venir al mundo. Finalmente, hay casos aislados que, después de una psicosis esquizofrénica, aun son más hiperestéticos que antes de pasarla, como sucedió a *Strindberg*.

Adaptación social

El autismo, considerado como síntoma esquizoide, se matiza en gran medida conforme a la escala psicoestética de los individuos de este temperamento. Hay casos en que el autismo es principalmente signo de hipersensibilidad. Para tales esquizoides hiperestéticos, todos los colores y tonos agudos de la vida real que constituyen un elemento vital agradable y estimulante imprescindible para el hombre medio y el de temperamento cicloide, son estridentes, feos, brutales, duros, francamente aflictivos en el orden psíquico. Su autismo viene a ser un retraimiento espasmódico doloroso, que les hace sustraerse en lo posible a todo estímulo externo, o tratar de amortiguarlo, y cerrar las ventanas de su casa para llevar en la apagada y suave penumbra de su interior una vida de ensueño "inactiva y cavilosa" (*Hölderlin*). Buscan, como tan certeramente dice *Strindberg* de sí mismo, la soledad, para "envolverse en la seda de su propia alma". Tienen predilección estatuida por ciertas formas de ambiente que no duelen ni hieren: mundo de salón aristocrático y frío, trabajo de oficina, oficial y rutinario, bellos paisajes solitarios, antigüedad, tiempos remotos y trato con eruditos. Cuando un esquizotímico se convierte de hombre de mundo supercivilizado y hastiado en descuidado anacoreta, como *Tolstoi*, el salto procede del interior, del espíritu, y no es tan grande. Cualquier medio le brinda lo que exclusivamente solicita del mundo exterior: miramiento para su hiperestesia.

El autismo de los particularmente anestéticos es en cambio impasibilidad simple, falta de resonancia afectiva para el mundo circundante, que no se interesa por su vida sentimental y hacia cuyos intereses acreditados él nada siente tampoco. Se reconcentra en sí mismo porque no tiene motivos para hacer otra cosa, pues nada le ofrece cuanto le rodea.

Pero el autismo de los esquizoides y esquizofrénicos, en su mayoría, consta de ambos componentes temperamentales mezclados en las proporciones más diversas; es indolencia con un toque de recelo y hostilidad, y muchas veces, en un mismo aliento coincide la frialdad

con un urgente anhelo de calma. Convulsión y parálisis en una pieza.

El modo de *adaptación social* del individuo esquizoide, como el del esquizotímico sano de que luego hablaremos, nace de las proporciones psicoestéticas que acabamos de describir. En efecto, los esquizoides son *totalmente insociables, o sociables eclécticos* en pequeños círculos cerrados, o *sociables superficiales* sin profundos vínculos anímicos con el ambiente. La insociabilidad de los esquizoides ofrece los matices más diversos; rara vez es apatía impasible, sino que suele presentar más bien cierto tinte de desagrado, de repudio directo en sentido más o menos defensivo u ofensivo. Esta aversión al trato con la gente varía desde la más tenue ansiedad, recelo o timidez, pasando por la frialdad irónica y la indolencia hoscamente obstinada, hasta la antropofobia activa, incisivamente brutal. Y lo que es más notable: la actitud afectiva del esquizoide aislado frente a su prójimo aparece a menudo tornasolada en raros cambiantes del iris entre la timidez, la ironía, la hosquedad y la brutalidad. Un ejemplo caracterológico especialmente admirable es el del esquizotímico *Robespierre*. En los enfermos mentales esquizofrénicos suele tener asimismo la actitud afectiva frente al mundo exterior este carácter de *preservación* (ADLER), de observación soslayada y recelosa tras las pestañas semicaídas, de antenas que se adelantan precavidas para replegarse súbitamente. Con un desasosiego que traicionan los dedos nerviosos, especialmente al tratar a personas recién conocidas se ensayan entremezclados en semitonos todos los registros disponibles de la escala psicoestética. Este sentimiento de inseguridad se transmite a los espectadores; más de un esquizoide da impresión de desdibujado, opaco, extraño, o bien de caprichoso, intrigante y hasta malicioso. Pero queda siempre para quien le contempla, bajo la oscilación segura de los afectos de adaptación esquizoide, un resto caracterológico que no se puede ver de cerca, que no se transparenta ni sale a la superficie.

Muchos esquizoides, que en nuestro material de Suabia tal vez constituyen mayoría entre los prepsicóticos, se describen como *bonachones* en su trato social. Esta mansedumbre esquizoide es algo fundamentalmente distinto de la cualidad caracterológica correspondiente de los cicloides. La mansedumbre cicloide es bondad, algo cordial, una comunidad de alegrías y pesares, una benevolencia activa o una tolerancia amistosa para con el prójimo, fácil de comprender.

La de la criatura esquizoide, por el contrario, se compone de estos dos componentes: temor e impasibilidad. Es una concesión a los deseos del mundo exterior que consta de indolencia mezclada con un tímido anhelo de resistirse a ellos. La mansedumbre cicloide es amistoso interés; la esquizoide, recelosa reserva. En mezclas constitucionales apropiadas, esta mansedumbre o apacibilidad esquizoide timorata puede acusar rasgos de bondad verdadera, algo graciosamente tierno, dulce, y amable, de íntimamente pegadizo, pero siempre con un leve tinte de dolorosa extrañeza y susceptibilidad. Este es el tipo *Hölderlin*. Más frecuente es la empalagosa ductilidad de cera de los prototipos esquizoides conocidos, comparable a la flexibilidad cérica de los catatónicos.

Imagen exacta, aunque atenuada y encuadrada en lo caracterológico, de ciertos síntomas catatónicos, es la *timidez*, peculiaridad temperamental en extremo corriente y específicamente esquizoide en sus grados superiores, con su característica composición a base de bloqueo del curso de las ideas y entorpecimiento de la movilidad. La timidez es en estos casos un movimiento emocional hiperestético de adaptación al penetrar personas extrañas en la esfera autística de la personalidad esquizoide. El acceso de personas desconocidas causa la impresión de un estímulo reforzado con sensación de disgusto; este estímulo excesivo se propaga al raciocinio y a la movilidad corporal, originando parálisis tetanoide. La angustia desamparada frente a situaciones nuevas e insólitas y la inflexible aversión hacia tales cambios de situación es un estigma hiperestético muy parecido, propio de muchos meticulosos y solitarios esquizoides.

Con gran frecuencia encontramos apacibles *aficionados a los libros y a la naturaleza* entre los esquizoides tímidos, románticos. Pero, mientras que la inclinación a la naturaleza y a los libros en los temperamentos cicloides, cuando se presenta, consiste en un amor uniforme a todo cuanto existe, ante todo a los seres humanos, y también a las cosas, la esfera de intereses de las personas esquizoides no muestra esta disposición afectiva. Los individuos esquizoides, aun los de humilde condición, son por lo general amigos de la Naturaleza y de los libros, y lo son con cierta insistencia electiva, por huir de las gentes y por sentirse atraídos hacia todo lo que es apacible y no lastima. En muchos de ellos, esta afición tiene algo de compensación directa. Toda la ternura excitable de que son capaces, y que los demás rechazan, se esparce pródigamente sobre la hermosa y dormida Naturaleza y sobre los objetos inanimados de los coleccionistas.

Al lado de estos entusiastas plácidos encontramos entre los esquizoides decididamente insociables, como figura característica, el *solitario descontentadizo*, cavilando terco en su confinada y hermética clausura sobre sus propias ideas, ya se trate de hipocondríacos ejercicios saludables, ya de inventos técnicos, ya sobre todo de sistemas especulativos de metafísica. En forma más activa hay solitarios extravagantes y recalitrantes de este género que de improviso dejan su rincón en concepto de *iluminados y convertidos*, para salir a predicar, como melencólicos fundadores de sectas, por ideales humanos, alimentación naturista, métodos gimnásticos, *mazdaznan* o religión del porvenir, o por todo ello a la vez. Muchos de estos tipos activos de *inventores y profetas* son por lo demás de robusta constitución, y comprenden todos los matices desde la esquizofrenia acusada a la intensa hipomanía. Los del lado esquizofrénico son más bien doctrinarios, exaltados, amanerados, nebulosos, metafísicos místicos, inclinados a la sistematización y a la representación esquemática, en tanto que los del lado hipomaniaco huyen del método, son pendenciosos como diablos, antojadizos, ocurrentes, locuaces y volubles como el azogue. Los arbitristas o inventores y los profetas esquizofrénicos nos parecen, por lo demás, menos prepsicóticos que afectados de residuos de psicosis o de psicosis en plena evolución, por regla general.

El aislamiento autista respecto a sus semejantes obra naturalmente en el sentido de formar un mundo propio de ideas y de ocupaciones predilectas. Pero no debe de ser así. Muchos esquizoides no son productivamente singulares en pensamiento y obra, sino simplemente poco sociables. Refunfuñan o se van cuando alguien llega; o permanecen sentados y atormentados; o bien son enormemente apacibles, aunque taciturnos. En los célebres *grandes silenciosos* (Uhland, Moltke) no faltan tampoco otras cualidades esquizotímicas.

Otra característica de algunos esquizoides superdotados, especialmente, además de la insociabilidad simple, es la *sociabilidad ecléctica en círculo exclusivo*. Más de un autista sensible tiene una predilección ordenada por ciertos medios sociales, por determinadas tonalidades de su atmósfera psíquica, que busca continuamente como su elemento vital. Se trata en primer término de los círculos refinados, de aquellos en que impera la etiqueta aristocrática. En el formalismo escrupuloso, retocado y discreto de tales círculos encuentra su delicadeza justamente lo que necesita: la grata línea recta que en ningún punto lastima con inflexiones molestas, y la atenuación de todo acento afectivo en el trato social. Y además encubre este culto impersonal a las formas lo que tantas veces falta al esquizoide; tras su elegancia complaciente y fría se esconde la falta de cordialidad y espontaneidad, que traiciona asimismo en estas naturalezas exquisitas la incipiente frialdad afectiva.

Lo *aristocrático* de ciertos temperamentos esquizoides se manifiesta también en gentes sencillas por una necesidad de distancia, una urgente ansia de ser distinto y mejor frente a sus convecinos. La propensión a hablar con corrección en un ambiente donde esto no es general puede descubrir a veces directamente una predisposición esquizoide o esquizotímica. Lo mismo sucede con la exagerada meticulosidad en cuestiones de higiene e indumento. Cuando la predisposición se desarrolla en términos procesales, al desplazarse la proporción psicoestética puede trocarse este afán minucioso de corrección y distinción en su antítesis más ruda. Con frecuencia se ven en un mismo individuo, unidos como dos fragmentos de un todo, la elegancia y el descuido, ambas cosas en grado superlativo, que llaman la atención y constituyen una genuina paradoja esquizofrénica. Por lo demás, es posible seguir esta elegancia fría y aristocrática, que tan bien asienta a muchos esquizotímicos sanos, pasando por todas las gradaciones esquizoides y sin interrupción, hasta la sintomatología de las psicosis esquizofrénicas. Allí se encuentra convertida en la conocida afectación ridículamente distinguida en el hablar y en los ademanes.

Lo esencial en esta tendencia caracterológica es, sobre todo, su exclusividad, el afán con que busca el círculo cerrado; un autismo que se extiende a los de criterio semejante. La amistad de tales esquizoides es individualista y sumamente selectiva. Una pareja inseparable de solitarios soñadores, o un pequeño y selecto grupo de jóvenes, etéreos, solemnes, juramentados y limitados, vueltos de espaldas al pueblo, dedicados dentro de su círculo estrecho al culto estático de la personalidad, y llenos de áspero desdén y desprecio para la *plebe*, que forman todos los demás; ésta es, al parecer, la orientación juvenil de Hölderlin.

El tipo de santurrón fanática se encuentra no rara vez en familias esquizofrénicas. Muchos esquizoides son devotos. Su religión se inclina al misticismo trascendental, o es marcadamente farisaico, mojigato, exaltado, convencido, de conventículo, con tendencia al círculo cerrado o a la extravagancia personal.

Algo parecido sucede con el erótico. No es una inclinación cálida y natural, sino éxtasis y frialdad brutal. No busca una joven hermosa, sino la *hembra*, lo *absoluto*, mujer, religión y arte en una sola pieza. O santa, o furia; no hay término medio. *Strindberg* es un magnífico ejemplo de este tipo.

La tercera modalidad de la actitud social del esquizoide es la *convivencia, sociable superficial sin profundos vínculos anímicos*. Tales individuos pueden ser fríos en su trato, negociantes calculadores, tiranos o arrivistas, o bien naturalezas indolentes, inertes o irónicas, que se mueven entre gentes de toda índole sin afectarse gran cosa. En los esquizotímicos sanos se descubren estos tipos con bastante precisión.

En resumen: el esquizoide no es absorbido por el medio. Siempre está allí la *placa de cristal*. En los tipos hiperestéticos suele desarrollarse una *posición rudamente antitética: yo y el mundo exterior*. Un constante y exaltado autoanálisis comparativo: ¿Cómo me porto?; ¿Quién me ofende? ¿Dónde me he equivocado?; ¿Cómo me impondré? Sobre todo en artistas sobresalientes, enfermos más tarde de esquizofrenia o procedentes de familias sospechosas de este mal, como Hölderlin, *Strindberg*, *Luis II de Baviera*, *Feuerbach*, *Tasso*, *Miguel Ángel*, este rasgo se manifiesta con toda claridad. Son los hombres del perpetuo conflicto psíquico, cuya vida transcurre como una cadena de tragedias, como un único sendero espinoso de dolor. Tienen, por así decirlo, *talento natural para lo trágico*. El ciclotímico puro no está en condiciones de llevar una situación hasta su punto culminante, en que asienta la tragedia; ya se ha adaptado de mucho antes, como el ambiente a él, porque su actitud es comprensiva y conciliadora. Una de estas naturalezas sanas del grupo ciclotímico-pícnico era, por ejemplo, en su época de joven artista *Hans Thoma*, tan mal comprendido como *Feuerbach*, y cuya vida discurrió como un arroyo contemplativo y sosegado. En familias esquizofrénicas se ven con frecuencia el *egoísmo rudo y frío*, la presunción farisaica y el sentimiento exagerado de la propia dignidad, en todas sus variaciones; pero no son la única forma del autismo. Hay otra en el afán teórico de hacer feliz a la humanidad, de formular normas doctrinarias esquemáticas, de mejorar el mundo, de educar ejemplarmente a los propios hijos, a veces sometiendo estoicamente el interesado a las mayores privaciones. La *abnegación altruista llevada al extremo*, sobre todo por ideales comunes, impersonales (socialismo, antialcoholismo), es un rasgo específico de ciertos esquizoides. Así vemos a veces en familias esquizofrénicas distinguidas magníficas capacidades que dejan muy atrás aun a los ciclotímicos mejores en cuanto a rectitud y objetivismo impersonales, firmeza de convicción, nobleza y pureza de intención, y a tenacidad consciente para la lucha por sus ideales; en cambio, aquéllos les aventajan en cordialidad natural hacia el individuo aislado y en comprensión tolerante de sus idiosincrasias.

CAPÍTULO XII

Ciclotímicos y esquizotímicos corrientes

No hemos de pararnos en el límite del campo de investigación psiquiátrico. Sólo siguiendo incansables los puntos de vista adquiridos, hasta internarnos en lo psicológico normal, se desplegará ante nosotros el problema de la constitución en toda la amplitud de su horizonte. Este tránsito a lo psicológico normal no nos obliga a ningún salto; pero al extender paso a paso los hilos que relacionan la complexión y la predisposición anímica desde lo psicótico a todas las variantes de la personalidad psicopática, alejándonos así gradualmente de los trastornos mentales masivos como punto inicial de partida de nuestra investigación, nos encontramos sin darnos cuenta entre individuos sanos, entre caras conocidas exclusivamente. En ellas reconocemos como impronta normal familiar los mismos rasgos que allí vimos deformados, en caricatura. Encontramos los mismos tipos de arquitectura facial, los mismos estigmas de la conformación corporal, y advertimos que tras la misma fachada se albergan idénticos impulsos psíquicos. Es decir, como normas sensatas y precisas de sana adaptación anímica, las mismas predisposiciones que allí se estorban y aniquilan, rompiendo violentamente el equilibrio.

Este es el mejor modo de librarnos de la angostura del campo visual psiquiátrico; ya no vemos el mundo a través de los lentes del frenocomio, siempre afanados en husmear leves curiosidades y rasgos anormales en personas sanas, sino que nos situamos sin embarazo en el espacioso círculo que nos permitirá apreciar y clasificar debidamente lo sano, o mejor dicho, lo biológico general como realmente es, para poder juzgar entonces debidamente, por comparación, el pequeño círculo de lo morboso en sus verdaderas dimensiones. Ya no tendremos ciertos tipos de personalidad como formas psicopáticas abortivas de determinadas psicosis, sino, al contrario, ciertas psicosis como caricatura de determinados tipos normales de personalidad. Entonces, las psicosis no representan sino culminaciones de grandes grupos constitucionales de individuos sanos, propagados por doquier.

En este sentido es recomendable seleccionar también las relaciones lingüísticas. Llamamos a los componentes de los grandes círculos constitucionales, entre los cuales se recluían las esquizofrenias, individuos *esquizotímicos*, y *ciclotímicos* a los que responden a psicosis cíclicas. Las formas de transición entre sano y enfermo, o las formas morbosas abortivas pueden calificarse entonces convenientemente de *esquizoides* o *cicloides*, como hemos venido haciendo. Por consiguiente, ha de tenerse por sentado desde un principio que las denominaciones *esquizotímico* y *ciclotímico* no tienen nada que ver con la disyuntiva "sano o enfermo", sino que distinguen grandes biotipos generales, que comprenden la gran masa de individuos sanos, en cuyo seno aparecen sumamente escasas y dispersas las respectivas psicosis. Las palabras, pues, no dicen nada respecto a si la mayoría de los esquizotímicos deben tener fisuras psíquicas y la

mayoría de los ciclotímicos periódicos cambios afectivos, sino que mediante ellas emparejamos por razones de conveniencia las expresiones de lo sano con los términos ya conocidos que se han venido aplicando a lo patológico respectivo.

El procedimiento operatorio fue después como sigue: De varios centenares de personas sanas que conocíamos exactamente por trato personal en su hábito corporal y psíquico, elegimos unos 150 que en su complexión presentaban claros e indudables signos de uno de los tipos leptosomo, atlético o pícnico. De los más poseemos asimismo fotografías. Se apartaron, en consecuencia, por lo que afecta al círculo de formas esquizofrénicas, individuos de perfil nasal largo y de perfil angular, caras medias demasiado altas, contornos faciales en óvalo pino o corto, con figura grácil, esbelta y tendinosa o de toscos relieve muscular; y de otra parte, las figuras notoriamente pícnicas del sector cíclico, con caras llenas y blandas, escuteliformes o pentagonales y armónico perfil, cuello corto, formas redondeadas y tendencia a la obesidad pícnica.

De primera intención se acusaron dos grandes sectores temperamentales, uno de los cuales coincidía en general con el hábito pícnico, y el otro con las formas corporales correspondientes al grupo esquizofrénico, no sin presentar esporádicamente algunos casos de cruzamiento parcial o integral.

El sector de temperamentos observado sobre todo en los pícnicos puede caracterizarse en los siguientes subgrupos, unidos entre sí por amplios vínculos de transición y presentes a veces en una misma persona como facetas o fases distintas de su ser; describimos aquí únicamente a los representantes varones de los grupos, tal como hemos solido frecuentarlos en la juventud como estudiantes, y después en la vida profesional; es fácil suplir luego las variantes femeninas correspondientes a estos tipos.

En los pícnicos sanos volvemos a hallar la misma disposición bipolar de los temperamentos que hemos visto ya con expresión morbosa en el círculo de formas maníacodepresivas: en una de las alas, los temperamentos *hipomaniacos sanos* con su alegre vivacidad; en la otra, los temperamentos *melancólicos* (no raros entre personas sanas) que hemos descrito como *sosegados*, con su blandura pesada y reprimida. Entre estos dos polos hay en los sanos una extensa cadena de estados ciclotímicos intermedios, que van gradualmente y sin limitación del ala hipomaniaca a la melancólica. Estos son los que llamamos, de acuerdo con BLEULER, temperamentos *síntonos* o *sintónicos*, y abarcan los tipos a continuación descritos de los *humoristas plácidos*, los *prácticos resueltos* y los *gozadores mezquinos*. De todos modos, creemos que el concepto de *sintónico* debe reservarse a los estados intermedios sanos, para los cuales resulta muy adecuado y que necesitan una denominación sucinta. Para los grupos laterales externos enfermizos, con manías y melancolías graves, ya no convendría, pues en él apunta demasiado la idea de compensación, de benevolencia, de salud. Por eso nos proponemos conservar la expresión *ciclotímico* con el valor de concepto general de constitución, que abarca igualmente lo sano y lo enfermo, en tanto que

sintónico, como concepto subordinado y menor, se refiere a los estados ciclotímicos sanos intermedios.

Ciclotímicos

1. Los joviales locuaces

De lejos se los oye, siempre están en primera fila, donde hay bulla y jolgorio; no hay conversación en que no intervengan con una observación en voz alta, ni festival sin un largo discurso o una estrepitosa broma suya. El juego y la bebida les atraen más que la reflexión cavilosa o las fatigas duras y arriesgadas. Son un elemento animador y vivo, que sobrenada contento y sin ambiciones, bien visto, amable, cómodo, voluble, bondadoso; muchas veces también cargante por falta de tacto y delicadeza, por notoria vulgaridad, egoísmo ingenuo y garrulería fastidiosa.

2. Los humoristas plácidos

Éstos se sientan a observar y no dicen gran cosa. Primero han de entrar en calor. De vez en cuando hacen un comentario delicioso. Son los cuentistas natos, en cuya boca la más nimia ocurrencia adquiere sabor deleitoso, de ingenuidad y donaire. Hablan prolijamente, a gusto y sin artificio. En sociedad y en la acción se enardecen, se divierten, son ingeniosos, resueltos y emprendedores. Están satisfechos del mundo, y tienen una natural benevolencia hacia todos, grandes y chicos; únicamente se ponen en guardia ante lo doctrinario y desapacible. Son buenos amigos, dejan vivir a los demás y saben tratar muy bien a la gente; tienen predilección por cuanto es íntegro y de sabor popular.

3. Los afectuosos tácitos

Son buenas personas, algo flemáticos, entrañables. Se mueven con cautela y tardan en decidirse. Inspiran simpatía sin abrir la boca. Son amables y están en paz con todo el mundo. Tienen su tertulia fija y su partidita diaria. Ríen a gusto y no son aguafiestas. No saben contener las lágrimas. Si pueden, les gusta desempeñar en ambiente rural un modesto empleo, al que se consagran con gran lealtad y conciencia. No saben tratar nada a la ligera, y se confían muy poco. Tampoco suelen prosperar gran cosa.

Si observamos ahora la actitud especial en la vida profesional y pública a que tienden tales predisposiciones temperamentales en la edad adulta, vemos principalmente, fuera de las direcciones ya apuntadas, otros dos grupos numerosos que pueden considerarse como tipos independientes o bien como fases de desarrollo o reflejos de los temperamentos ya descritos o de sus términos intermedios.

4. Los gozadores cómodos

Este tipo se desarrolla sobre todo cuando a un temperamento adecuado se asocia escasa inteligencia y educación descuidada. Por eso es frecuente en gentes sencillas, y aun en las cultivadas procedentes de las clases populares. En las distinguidas toma cierto matiz de sibaritismo, sin perder su amplia nota fundamental materialista.

El más generalizado es el tipo del pequeño burgués en su tertulia, donde viene a representar al humorista y al hombre de sentimientos (tipos 2 y 3) trasladados al terreno de la trivialidad. Aquí ocupan también el primer término la tendencia a una cordialidad benevolente, a la broma placentera, pero sin mucho fondo ni contenido, y frente a ello la comodidad y el amplio y sincero apetito de lo material, de lo sensual, de los bienes concretos e inmediatos de la vida. En Suabia llaman a estas personas *merendilleros*, porque es algo esencial en su vida tomar frecuentes refacciones ligeras y sabrosas con la correspondiente bebida, a consecuencia de lo cual suele alcanzar pleno desarrollo la constitución pícnica patente ya desde su juventud. La actividad profesional constituye simplemente un modesto accesorio de su principal ocupación, que es disfrutar de la vida.

MÖRIKE, en una pequeña composición festiva, ha denominado *chaleco de verano* a un tipo ciclotímico pícnico muy semejante.

Querido y rollizo primo,
la flor y nata, el dechado
de los que merecen nombre
de chalecos de verano
pues llevan, a no dudar,
el cuerpo en sol enfundado
y reflejan por doquier
sus vivificantes rayos.
Son funcionarios de Banca,
de la Industria o del Estado,
o bien administradores
o comerciantes honrados,
pero nunca petimetres,
ni lechuguinos, ni fatuos:
lucen potente barriga,
y a gala tienen ser suavos.
Hace poco hallé en el tren
un chaleco de verano.
Comimos sopa exquisita,
de cangrejos rebosando,
solomillo con mostaza
y unos fresquísimos rábanos,
a más de otras menudencias
que por brevedad me callo.
Hablamos de mil futesas,
del tiempo y de los mercados;
y mientras mi comensal,
sus dientes ya escamondados,
atiborraba su pipa de espuma de mar,
y ufano sorbía el negro café
y echaba el humo al espacio,
yo, viéndole tan feliz,
tan satisfecho y tan sano,
pensé: "Cuán de lamentar
es que, por fatal mandato,
por haberlo así prescrito
los inexorables hados,
tengan que morir también
los *chalecos de verano!*"

La expresión *chaleco de verano* es una acertada condensación de la impresión corporal pícnica y las propiedades psíquicas de luminosidad y comodidad. La composición que antecede contiene en característica indirecta, oculta en parte tras un leve humorismo, toda una serie de peculiaridades temperamentales de los ciclotímicos medios poco cultivados de las zonas afectivas intermedias: la bondad, la afabilidad radiante, la humana comodidad y sociabilidad, con la tendencia a una vida placentera y sosegada, sin la menor presura o nervosidad; todo esto encubre cierta estrechez de miras, cierta limitación indolente a placeres modestos y conversaciones triviales, a una vida exenta de amplitud épica innecesaria, falta de tensión, énfasis, idealismo, objetivos elevados.

5. Los prácticos resueltos (realistas)

Estos son un tipo intermedio que reúne la vivacidad móvil y animada del tipo 1 con la constancia y la sensatez de los tipos 2 y 3; gentes que tienen el corazón en su sitio y pueden ser necesarias en todo lugar y momento. Forman parte de todas las Comisiones, están siempre recargados de trabajo, y encantados de ello. Trabajan infatigablemente; les gusta tener mucho que hacer, y sobre todo faenas muy variadas y en ocasiones algo de nuevo, y propenden sobre todo a una actividad práctica concreta: medicina, política, asistencia social. Lo que hacen tiene pies y manos, se mueven con soltura, son serviciales, pero decididos, dicen su parecer sin ambages y no pierden por eso el buen humor. Algunos de ellos son ambiciosos, pero la mayoría se sienten lisonjeados por una placentera y firme estimación propia, hallando su valor dentro de sí mismo, sin codiciar honores ni puestos, sino simplemente una estimulante sensación de actividad.

Este tipo pasa, corrientemente, del lado hipomaniaco al temperamento azogado del polipragmático en continua probatura. Lo que en el lenguaje usual suele llamarse un *rajá*, aludiendo a gentes que con cierta ingenua presunción dirigen y prácticamente se valen de quienes les rodean, enlaza aquí y pasa paulatinamente, sin gradación, a los correspondientes grupos esquizotímicos de los individuos fríos y egoístas.

Con esto damos por terminada la serie de temperamentos ciclotímicos, en la que nos hemos limitado a retratar de cada tipo solamente una o dos de las personalidades más acusadas, tal como son en la vida real. Creemos haber servido mejor al lector de este modo que pretendiendo enumerar una por una las peculiaridades y todas las mezclas y matices comprendidos entre nuestros tipos.

Para mayor claridad del diseño, hemos prescindido deliberadamente de la integridad, haciendo contar tan sólo que escogimos estos ejemplos justamente porque ya habíamos comparado cuidadosamente todos los demás en cuanto a sus cualidades esenciales.

Así, pues, podemos dedicarnos ahora a retratar personas de la vida corriente, que en su estructura somática coinciden más bien con los esquizofrénicos.

Esquizotímicos

1. Los refinados

Sistema nervioso sumamente delicado, aversión a todo lo vulgar, té estético, catarro del heno. La sociabilidad prefiere círculos rigurosamente selectos. Odio al vulgo profano. Aseo corporal minucioso. Un doblez defecioso puede ocasionarles molestia; no saben pasar por alto detalles estéticos, propenden a menudas arrogancias y a nimiedades en lo social. Cuidan la propia personalidad, conocen y observan sus propios refinamientos espirituales. Su sensibilidad es extremada para los estados de ánimo propicios o adversos. Sumamente vulnerables y delicados en el trato personal, pueden sentirse profundamente heridos sin darlo a entender; una palabra basta para enfriarlos de pronto con un antiguo amigo. No hay en ellos tonos intermedios; o extáticos apasionados, o fríos como el acero y bruscamente reservados. Su sentido del arte es agudo y civilizado, propenso al hastío. Su gusto les lleva como por imán a los círculos distinguidos. Carecen de temperamento recto, vigoroso, genuino; sus propios sentimientos tienen muchas veces algo de quebrado, de inseguro por dentro, de cambiante y de irónico, desdibujado de expresión y formalista en sentido lógico. En el medio atenuado que les es grato son sobremanera amables, finos, obsequiosos, atentos, muy comprensivos, todo ello tras una atmósfera de distancia casi imperceptible. Pueden ser muy afectivos con pocos íntimos. Sus opiniones suelen ser claras, aristocráticas y comedidas, y sólo adolecen de intensa apatía contra la necesidad individual.

Este valioso tipo se desliza sin limitación por el lado degenerativo hacia el sector de los *hastidosos* y *decadentes*, de los vacíos con pretensiones, de los estragados por excesiva condescendencia, de los peleles sociales del gran mundo, de los estetas e *intelectuales* desprovistos de afecto.

2. Los idealistas abstraídos

Éstos se construyen tranquilamente un reino aparte de ideas filosóficas. Trabajan en la construcción de ideas especiales favoritas, o tienen un ideal profesional ante el que todo lo sacrifican. Prefieren lo abstracto, atmósfera de aposento o naturaleza solitaria. Su escaso trato con las gentes padece de timidez, desmaña y envaramiento; sólo con algunos escasos conocidos intiman, pero en cambio prestan fácilmente gran calor y concurso hondamente sentido a las ideas. Su actitud interior oscila entre la presunción exaltada y los sentimientos de insuficiencia, nacidos de su inseguridad frente a la vida real. El desprecio al ornato y otras comodidades de la vida puede llegar a la sobriedad más espantosa, y aun al abandono exterior. En algunos de ellos, la corteza exterior es agudamente sarcástica, nerviosa e irritable o esquiva y descontentadiza; otros, en cambio, guardan en su abstracción pueril, en su abnegación, en su indolencia genuinamente estoica algo de conmovedor y aun de grandioso. No todos estos idealistas son misántropos. Los hay siempre

dispuestos a mantener públicamente sus convicciones, defenderías y conquistarse adeptos.

Además de este aspecto intelectual, se observa a veces otro moral muy afín en su idealismo y rigorismo, que proscribiera toda transacción con las posibilidades reales, aboga por postulados apriorísticos abstractos de virtud, traducidos unas veces en celo profesional entusiasta y enfáticamente exagerado, otras en contento farisaico de sí mismo, y otras en la férrea rigidez de principios vitales rectilíneos, inflexibles.

Ya dijimos que, en aleaciones afortunadas, esta clase de personas puede dar lugar a caracteres magníficos y relevantes, de energía moral tan acusada como la grandeza y limpidez de intención.

3. Los dominadores fríos y egoístas

En este grupo se encuentran algunas briosas figuras de militares y funcionarios, indiferentes al peligro, rígidos, fríos, nacidos para mandar. Círculo de intereses angosto, muy circunscrito, sentido profesional y social acusado. Muy doctrinarios en sus opiniones, acentuado concepto del honor. Amor propio sumamente susceptible y rencoroso, accesos repentinos de malhumor al herir sus puntos sensibles (*amoscarse*, dicen los estudiantes con acierto inimitable al referirse a este tipo afectivo tan puntilloso). Difícilmente perdonan. A pesar de sus esfuerzos por ser justos y equitativos, incurrir con facilidad en la violencia y el partidismo. La disyuntiva no tiene para ellos más que puntos extremos. Quien no comparta su parecer, sobre todo en el terreno político, es una mala persona. Con sus iguales son complacientes y correctos. Nada saben de otros círculos profesionales, pero se dejan impresionar por los resultados. Desem-

peñan bien puestos de mando y servicios burocráticos que exijan disciplina severa, pero no saben tratar individualmente a las personas. Su concepto del derecho y del servicio llega hasta la estrechez y a la frialdad excesiva e hiriente. En otro ambiente encontramos a estos individuos como labradores y tiranos domésticos inflexibles, avaros, tercos recalcitrantes y despóticos.

Una variante de este tipo, sobre todo en los medios burocráticos, no acusa rigidez ni brusquedad, sino más bien fría desenvoltura, descuidada ironía, flexibilidad, falta de escrúpulos y miramientos, sobriedad extrema, intelecto formulista marcado, de rábula, ambición, prosperidad y propensión a la intriga.

4. Los secos y apáticos

Sin brío ni ingenio. Sonríen apenas, se reprimen por dentro. Sus ademanes son torpes. Asombrosamente taciturnos, casi mudos, salvo algunos que charlan insubstancialmente. Entre afables y hostiles. Subalternos natos, o táticos fatuos, o retraídos musgazos con accesos de hipocondría.

En resumen: Estos tipos, según se desprende de la complexión en el material disponible de individuos sanos, no muestran en sus representantes más caracterizados diferencias esenciales frente a los descritos en los anteriores párrafos con ayuda de la morbosidad psiquiátrica. Ambas directrices, complexión y psicosis endógenas, nos llevan en la investigación de la caracterología general humana aproximadamente a los mismos objetivos; se rectifican y completan en servicio recíproco.

Combinando ambos medios, puede muy bien establecerse sobre una base firme la doctrina psicológica general de los temperamentos ■